



ADIOS A LOS VIEJOS BOSQUES...

Por Miguel PELAY OROZCO

*Oyartzun'go euskal idazle
trebea dan Elorri'ri.*

Yo no soy de los que piensan que todo lo viejo —leyes, personas, ideas, costumbres, creencias—, sólo por el hecho de serlo, ha de merecer necesariamente nuestra aprobación y aun nuestro aplauso. No creo haber compartido nunca ese tipo de entusiasmo nostálgico y un tanto gratuito que mucha gente de mi tiempo profesa por el pasado en bloque. Al contrario. Más bien diría que he sido siempre un hombre que ha esperado mucho del progreso y que ha propendido a ilusionarse fácilmente con toda suerte de cambios, evoluciones e innovaciones. Tendencia que, a decir verdad, con el correr de los años me ha producido no pocas decepciones.

Si estampo de primeras esta especie de confesión es para que nadie vea, en lo que voy a decir a continuación, como una predisposición mía a resaltar incondicionalmente cuantas reliquias históricas y cuantas tradiciones más o menos venerandas y empíreas se coloquen ante mis narices.

Es el caso que, hace unos días, hojeando en casa un viejo libro de don Serapio Múgica, me encontré, de pronto, con un pasaje que detuvo mi atención por estar relacionado con un tema que a mí me viene preocupando desde hace mucho tiempo y cada día que pasa, más. En el pasaje del libro de don Serapio se advertían la sorprendente sindéresis y la admirable previsión codificadora que, en época ciertamente lejana, mostraban nuestros antepasados guipuzcoanos cuando se trataba de proteger el acervo forestal de la provincia. Lo que, en pureza, equivaldría a significar que tampoco lo viejo, por viejo, ha de ser forzosamente malo y recusable. Pero, dejando de lado estas pequeñas argucias de aire ecléctico y volviendo al punto que llamó mi atención, entiendo que lo mejor será ceder la palabra al propio Múgica. He aquí su texto: «Desde los tiempos más remotos se han ocupado las autoridades de este solar de la conservación y fomento del arbolado, único ramo de la agricultura que merecía la atención de nuestros mayores, y al efecto pudiéramos citar diversas disposiciones que contiene el libro de los Fueros en su título XXXVIII y siguientes sobre plantación y corte de árboles, prohibición de dejar las

yeguas y cabras en el monte por el daño que ocasionaban en el arbolado, etc., a cuyas disposiciones de carácter provincial se podían añadir otras consignadas por los municipios en sus ordenanzas, tal como el prohibir a los pastores, en determinado número de años, llevar su ganado a terrenos incendiados, por considerar causantes de las quemas con el indicado fin a los encargados de los rebaños. La Corporación Provincial llegó al extremo de obligar a los pueblos a que presentasen anualmente testimonios, levantados ante escribano, de los árboles plantados en sus respectivas jurisdicciones, para castigar con multa de 50 ducados a los que no hubiesen puesto el mínimo de las plantas señaladas, y a conceder el premio estipulado por cada planta a los que hubiesen llenado las condiciones acordadas.»

Don Serapio se lamentaba en su trabajo de los efectos de las guerras padecidas en el país durante los siglos XVIII y XIX y que ocasionaron grandes talas en las zonas que habían de recorrer las tropas, así como en las proximidades de las plazas guarnecidas, que convenía mantener despejadas para evitar sorpresas. Lo mismo sucedía con las montañas que pudieran convertirse en circunstanciales refugios del enemigo. A todo ello había que añadir los efectos de las leyes de desamortización y las ventas de las propiedades municipales a particulares, para hacer frente a los gastos ocasionados por la llamada guerra de la Independencia, amén de ciertas enfermedades que afectaron a algunas especies arbóreas del país.

Don Serapio transcribe una estadística elaborada por la Diputación provincial, según la cual, a principios del siglo pasado, el árbol que más abundaba en Guipúzcoa era el roble, con la friolera de cinco millones y un importante pico de ejemplares. Tan importante, que uno se contentaría con que alcanzaran el tal pico los que hoy puedan quedar en pie en todo el país. Seguía después el haya, con cuatro millones setecientos mil; a continuación venía el castaño, que no llegaba a los novecientos mil; luego el nogal, el fresno, la encina, etcétera. En total aparecían censados en la relación más de once millones de árboles, pero por la apostilla del propio Múgica vemos que la citada estadística no resultaba muy completa, ya que no figuraban en ella especies muy extendidas por entonces en el país, como lo eran el abedul, el tejo, el acebo, etcétera.

Cualquiera que tenga aficiones montaÑeras sabe que en nuestra Guipúzcoa actual cuesta trabajo toparse en el campo con un roble. Puede decirse que los viejos bosques de robles, de castaños y de hayas han desaparecido por completo de nuestro territorio. Puede añadirse que han sido substituidos por pinares. Por vastos, espesos e ininterrumpidos pinares que están impartiendo al paisaje un aspecto uniforme, monótono y sombrío. Yo comprendo que a mi buen amigo Joshe Mari Busca, hombre de conocimientos muy varios y singulares, puede asistirle toda la razón del mundo cuando afirma que el pino en Guipúzcoa ha cumplido una misión providencial, puesto, que de no haber sido por su presencia, grandes zonas de nuestro campo hubiesen resultado definitivamente erosionadas. Pero, con todo... confieso que no acabo

de sentir simpatía por este confifero advenedizo, absorbente y adocenado, que con tanta eficacia sirve a los impacientes intereses industriales de la época. Por ese árbol oscuro y osado, que va desbraveciendo y achabacando la fisonomía de nuestros montes. Por ese árbol presuroso y expeditivo que parece creado ex profeso para nuestra codiciosa sociedad de consumo. Por ese árbol que, en palabras del gran Oteiza, no conoce la infancia...

BREVE INTERMEDIO ELEGIACO

¡Yo protesto!

Soy el viejo poeta campesino, iracundo y reaccionario, que se revuelve contra la indiferencia, la incomprensión y el acorchamiento que se van adueñando del país. Contra esas gentes materialistas y groseras que, por ganar unas monedas, se entregan con entusiasmo a la triste tarea de destrozar y de desnaturalizar nuestro ámbito secular. Contra el pueblo insensibilizado que les deja actuar...

¡Yo protesto!

Soy el viejo poeta campesino, iracundo y reaccionario. Ya sé que mis reprobaciones no son escuchadas por nadie, quizá porque mi voz es ahora demasiado débil y cascada y no alcanza a imponerse sobre la algarabía imperante. Pero, a pesar de todo,

¡Yo protesto!

He visto funcionar la terrible sierra mecánica y he sentido escalofríos. Ahora sé que bastan un par de minutos para que el árbol más corpulento y pletórico de vida caiga abatido para siempre. Siquiera antes se hacía precisa la acción enérgica y prolongada de varios vigorosos «aizkolaris» para que un roble de treinta metros de altura o un haya nudosa y entrada en años sucumbieran a golpe de hacha. En adelante...

¡Yo protesto!

Soy el viejo poeta campesino, iracundo y reaccionario. Mi intuición no me había engañado: el progreso está en contra del campo. Las torres metálicas van surgiendo aquí y allá, como fortines estratégicos. Por dondequiera que se dirija la vista no se ven sino talas estremeedoras y ríos contaminados. La ciudad es nuestra enemiga y llevamos las de perder.

Nuestros viejos bosques, lo que queda de aquellos que, desde el umbral de la historia, aparecen identificados con el país; aquellos que podían hacer gala de la más legítima autoctonía vasca; aquellos que configuraban nuestro propio talante; aquellos en que se inspiraban nuestras leyendas fantásticas y truculentas; aquellos que nos ennoblecían con su sello misterioso y tramontano... nuestros viejos bosques desaparecen para siempre. Se dice que los árboles que los poblaban no cumplen los requisitos pragmáticos exigidos por los tiempos. Que han de transcurrir demasiados años desde que nacen hasta que llegan a la edad adulta. Que hay otros

por ahí más precoces y de mayor rendimiento. Es posible. Pero yo, que soy un viejo poeta campesino, iracundo y reaccionario, protesto y protestaré mientras me quede un soplo de vida.

¡Adiós, robles centenarios, cuyos troncos enhiestos y gallardos se recortaban en nuestro cielo como esbeltos mástiles marineros! ¡Adiós, hayas corpulentas y frondosas, con sus raíces enormes, tentaculares y doloridas! ¡Adiós, vetustos castaños de armadura retorcida, rugosa y agujereada, que alimentasteis a los primitivos euskaldunas! ¡Adiós, viejos árboles de Euskal-erria! Sabed que, cuando desaparezcáis del todo, nuestro país, vuestro país, jamás volverá a ser el mismo...

Uno, que ha sostenido en alguna ocasión la tesis de que el paisaje y el hombre se corresponden y se complementan siempre de alguna manera, no puede menos de preguntarse si los habitantes de esta región tenemos derecho a asistir impasibles al bárbaro atentado que se está cometiendo con nuestro paisaje. Con la tierra que nos alberga. Con nuestra casa. Si tenemos derecho a contemplar con pasiva resignación—o con culpable indiferencia—este drástico y brutal trastrocamiento de nuestro hábitat milenario, este genocidio forestal y aun metafísico, si se me permite la expresión, que puede llegar a determinar en el país—en la tierra y en sus habitantes—profundas modificaciones psicológicas, ecológicas, culturales y hasta folklóricas. Pues, así como los cuentos y las leyendas que se ofrecen al chico de la ciudad no son los mismos que escucha habitualmente el niño que ha nacido en las estribaciones de una montaña, tampoco Basajaun, Tártalo y Mari pueden ser personajes de tierras llanas y despejadas ni de pinares alineados a cordel, sino de montes boscosos, accidentados y dramáticos, con abundancia de cuevas, de foscarrales y de recovecos. La mentalidad y la fantasía del niño vasco—vale decir, la del hombre vasco del futuro—no se forjan solamente con la instrucción que pueda recibir en los centros de enseñanza, sino también con los ingredientes mágicos absorbidos en la primera infancia.

Llegado aquí debo señalar que si hay algo que me resulta incomprensible y que me produce además mucha tristeza es que el hombre guipuzcoano actual haya perdido hasta el último ápice de aquella extrema sensibilidad forestal que caracterizara siempre a sus mayores. La verdad es que el guipuzcoano de nuestros días se ha convertido en un espectador apático e indiferente—tentado estoy de añadir que en un cómplice—de los más inicuos y escandalosos arboricidios.

Esta bochornosa insensibilización resulta tanto más inexplicable cuanto que el árbol, especialmente el roble, ha tenido, desde las brumas de la Prehistoria, una importancia y una significación extraordinarias, no solamente en nuestra provincia sino en todo el País Vasco. El roble está presente en la mitología, en el folklore, en la leyenda y en la historia. Y, por supuesto, se constituye en elemento indispensable y sacramental de las famosas *biltzarres*, de aquellos singulares areópagos en los que se tomaban acuerdos y se elaboraban leyes que afectaban a las comunidades campesinas representadas por unos cuantos junteros de edad y juicio maduros. Sabido es que estas *biltzarres*



legislativas tenían lugar siempre al aire libre y bajo la sombra tutelar de alguno de estos robles venerables. Así han pasado a la historia, entre otros muchos, el célebre roble de Aitze, en Ustaritz; el de Aretxabalagaña, en Larrabezúa; el de Avellaneda, de las Encarnaciones; el de Guerediaga, en Durango; el de la Rebolla del Concejo, de Arcentales. Y, por supuesto, el de Guernica, el roble sagrado por antonomasia para todos los vascos, cantado por Iparraguirre en su inmortal himno, y cuya sombra se ha extendido generosa a otros países, tal como lo deseaba el viejo bardo.

— — —

En Aránzazu, en las inmediaciones del caserío *Bildotsa*, se yerguen todavía unos cuantos robles añosos. No son muchos—me da miedo airear la información—, pero constituyen una especie de pequeño bosque. Se trata de unos árboles soberbios, majestuosos, quizá centenarios, con el airoso y robusto tronco revestido por un tupido retículo de jugoso musgo, que parecen elevar al cielo su espesa fronda como impetrando la protección de las alturas. Todos los años, al irme acercando a aquel maravilloso paraje, siento el temor de no encontrarme ya con ellos. De haber perdido para siempre unos viejos amigos. La última vez que estuve allí permanecían todavía en pie, pero, al pasar junto a ellos, tuve la impresión de que me contemplaban con un vago sobrecogimiento. Se diría que presienten ya la proximidad de su fin...

—¿Puede nadie tener el derecho de derribar **esto**?— dije, o más bien grité, en ese último paseo, a mis amigos, deteniéndome al pie de uno de los más espléndidos ejemplares del pequeño arbolado.

Un poeta vizcaíno, Sancho de Beurko, que participaba en la excursión campestre, se paró a su vez para contemplar detenidamente el roble.

—Derribar esto—expresó al cabo de un rato gravemente, remedando y aun acentuando la irritación que se contenía en mi improvisado substantivo—es como derribar un templo. Es un pecado para el que no hay remisión.

Por cierto que aquel paseo le sugeriría a Beurko un bello poema que apareció publicado hace unos meses en la revista *Aránzazu*, bajo el título de «Vete, pino, vete». Título de suyo intencionado y beligerante...

— — —

A mi entender, entre las muchas tareas que le incumben al escritor vasco de hoy, una de las principales es la de despertar la conciencia de nuestro pueblo en torno a este trágico escamoteo, a esta tropelía vejatoria e ignominiosa que se está cometiendo con nuestra propia naturaleza. Desgraciadamente, muchos de nuestros escritores jóvenes, obsesionados con el tema socioeconómico (cuya trascendencia en el contexto actual de nuestro país y de cualquier otro país proclamo de antemano, con la salvedad de que no debe constituirse en objeto exclusivo de nuestra atención, puesto que existen otros problemas muy

acuciantes a los que también debemos hacer frente) no parecen inquietarse mucho por la atroz mutación que está experimentando nuestro paisaje y que a mí me preocupa y me saca de quicio. Pienso que es una lástima, porque ellos disponen de una energía y aun de una machaconería persuasivas que, por su propio aire desenfadado y juvenil, resultan atractivas y suelen obtener inesperados logros en sus empresas de captación. Puede que estos escritores jóvenes, estos escritores vascos del presente y de nuestro cometido porvenir inmediato, piensen que el planteamiento que yo he dado aquí a la cuestión es un tanto aparatoso y melodramático y que la cosa no reviste tanta gravedad. Si es así, yo les pediría que reflexionen un poco. Porque, si mi tesis de una reciprocidad configurativa del hombre y su entorno físico es válida, la gravedad de la situación salta a la vista. Entre otras razones, porque el cambio abrupto de nuestro paisaje puede determinar un cambio, también abrupto, del hombre vasco. Si ello resulta o no deseable es harina de otro costal. Lo que no puede hacer un escritor joven y preocupado por su país es alzarse de hombros ante una coyuntura tan crítica y decisiva.

— — —

En medio de este clima general de pasividad y de indiferencia, se ha registrado últimamente una alentadora excepción. La ha constituido precisamente el pueblo de Rentería, cuyo Ayuntamiento ha tenido el acierto de restaurar, hace pocos meses, la fiesta de la plantación del árbol, con la participación de los niños de las escuelas. Para los que estamos empeñados en promover a lo largo y ancho del país una urgente e intensa campaña que nos conduzca a la recuperación de nuestra perdida vocación forestal, la iniciativa de Rentería constituye una esperanza y un estímulo.

Después de todo, pensamos, quizá no esté todo perdido.

— — —

Hace unos años, cierto periódico local publicó una información procedente de una capital escandinava, en la que se daba cuenta de un violento enfrentamiento acaecido entre un numeroso grupo de estudiantes, que se manifestaban por las calles para protestar por la inminente tala que amenazaba a algún arbolado de la ciudad, y la policía encargada de custodiar el orden. Un detalle que se me quedó grabado es que el corresponsal español que transmitía la información calificaba a aquellos estudiantes de gamberros.

¡Unos jóvenes que se enfrentan abiertamente a la fuerza pública por defender unos cuantos viejos árboles de su pueblo, dando al mundo entero una lección de civismo, de nobleza, de cultura, de sensibilidad y de patriotismo de ley, confundidos con gamberros!

Siempre la incompreensión. Siempre el adjetivo fácil. Siempre la audacia del cretino.

Mi pensamiento final:

Muchos gamberros como ésos los quisiera yo para mi país...